

FALLOS DE UNIVERSIDAD

University Failures

FRANCISCO JAVIER TRIANA DE LAS HERAS*

Fecha de recepción: 23 de octubre de 2022

Fecha de aceptación: 16 de octubre de 2023

Resultaba insoportable seguir fingiendo. ¿Cómo podía ocurrir algo así? Una pregunta sin respuesta. ¿Qué había sucedido? Se habían cometido errores. Sin embargo, muchos eran demasiado evidentes para tratarse de meras equivocaciones. Algo más había que no entendía y a nadie parecía importar.

Uno de los primeros errores que pude identificar fue la planificación. En cierta manera, se trata del mismo problema presente en un régimen socialista. En este caso, el dictador, u órgano director, decide qué y cómo se produce. Para el dictador, las personas son meros trabajadores cuya tarea es contribuir al desarrollo de su nación. Mediante una planificación perfecta, identifica las necesidades más urgentes de la sociedad y asigna los recursos escasos, incluidos recursos humanos, a su completa satisfacción. Así, logra la máxima eficiencia y bienestar social. En el caso de la universidad, una serie de personas se sentaron y planificaron la educación al detalle. Concibieron a los estudiantes como ovejas o robots. Consideraron que eran factores de producción inanimados que debían ser formados en un sector determinado para cubrir una necesidad particular. En su majestuoso plan, imaginan un flujo de personas que entran a la universidad, se especializan en una tarea, y se incorporan al mundo laboral para cubrirla.

* Doctorando en Ingeniería, Division of Energy Technology, Chalmers University of Technology. Email: javiertrianadelasheras@gmail.com.

Les pareció entonces lógico repartir a los estudiantes en las distintas tareas. Dividieron el conocimiento en varias ramas: rama de conocimiento de Artes y Humanidades, rama de conocimiento de Ciencias, rama de conocimiento de Ciencias de la Salud, rama de conocimiento de Ingeniería y Arquitectura, y rama de conocimiento de Ciencias Sociales y Jurídicas. Una clasificación obvia, pues, ¿para qué necesita un médico saber de arte o un ingeniero de filosofía? Es mejor que no se distraigan de sus tareas, así el sistema es más eficiente. Es más, si tu tarea es diseñar un coche, ¿qué te importan a ti los barcos? Pensaron los organizadores. Crearon entonces los grados o carreras universitarias. Separaron la rama de Ingeniería y Arquitectura en: Arquitectura Naval / Ingeniería Marítima, Biotecnología, Ciencia de Datos e Inteligencia Artificial, Edificación, Fundamentos de la Arquitectura, Gestión y Operaciones del Transporte Aéreo, Ingeniería Aeroespacial, Ingeniería Agrícola, Ingeniería Agroambiental, Ingeniería Alimentaria, Ingeniería Biomédica, Ingeniería Civil y Territorial, Ingeniería de Computadores, Ingeniería de la Energía, Ingeniería de las Tecnologías de la Información Geoespacial, Ingeniería de Materiales, Ingeniería de Organización, Ingeniería en Sistemas de Telecomunicación, Ingeniería de Sonido e Imagen, Ingeniería de Tecnologías y Servicios de Telecomunicación, Ingeniería del Medio Natural, Ingeniería del Software, Ingeniería Eléctrica, Ingeniería Electrónica de Comunicaciones, Ingeniería Electrónica Industrial y Automática, Ingeniería en Diseño Industrial y Desarrollo de Producto, Ingeniería en Tecnología Minera / Ingeniería Geológica / Ingeniería en Recursos Energéticos, Combustibles y Explosivos, Ingeniería en Tecnologías Ambientales, Ingeniería en Tecnologías Industriales, Ingeniería Forestal, Ingeniería Geomática, Ingeniería Informática, Ingeniería Mecánica, Ingeniería Química, Ingeniería Telemática e Ingeniería y Sistemas de Datos, entre otras.

Similarmente, dividieron la rama de conocimiento de Ciencias en: Biología, Bioquímica, Química, Geología, Ciencia y Tecnología de los Alimentos, Ciencias Ambientales, Física, y Matemáticas, entre otras. En la Rama de conocimiento de Ciencias de la Salud consideraron: Enfermería, Medicina, Nutrición Humana y Dietética, Psicología, Farmacia, Fisioterapia, Biología Sanitaria, Ciencias de la Actividad Física y del Deporte, Odontología, Podología, Logopedia,

Veterinaria, Óptica y Optometría, y Terapia Ocupacional, entre otras. Los robots especializados en Artes y Humanidades los dividieron en: Arqueología, Bellas Artes, Ciencias de las Religiones, Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural, Diseño, Español: Lengua y Literatura, Estudios Hispano-Alemanes, Estudios Ingleses, Estudios Semíticos e Islámicos, Filología Clásica, Filosofía, Historia, Historia del Arte, Lenguas Modernas y sus Literaturas, Lingüística y Lenguas Aplicadas, Literatura General y Comparada, Musicología, Traducción e Interpretación, y Humanidades, entre otras. Finalmente, separaron la rama de conocimiento de Ciencias Sociales y Jurídicas en: Administración y Dirección de Empresas, Antropología Social y Cultural, Ciencias Políticas, Comercio, Comunicación Audiovisual, Criminología, Derecho, Economía, Educación Social, Estadística Aplicada, Finanzas, Banca y Seguros, Geografía y Ordenación del Territorio, Gestión y Administración Pública, Información y Documentación, Maestro: Educación Infantil, Maestro: Educación Primaria, Pedagogía, Periodismo, Publicidad y Relaciones Públicas, Relaciones Internacionales, Relaciones Laborales y Recursos Humanos, Sociología, Trabajo Social, y Turismo, entre otros.

El estudiante se presenta entonces ante esta lista y tiene que elegir una opción. Sí, al menos tuvieron el detalle de dejarnos elegir la tarea en lugar de asignarla. En general, el estudiante tiene 18 años y acaba de terminar el colegio (bachillerato). Carece de la madurez y conocimiento necesarios para poder tomar una decisión segura o racional de lo que quiere estudiar e, idealmente, trabajar y dedicarse en su vida. Basará su elección en argumentos un tanto arbitrarios. Probablemente elija aquello que se le daba bien en el colegio, a pesar de no entender lo que es. Su entorno o la reputación de la carrera universitaria, medida usualmente por el número de supuestas salidas profesionales y respectivos salarios, también serán factores relevantes. Tal vez tenga una vocación, más fundamentada en hechos inconscientes que conscientes. Cómo es lógico, muchos, por no decir la mayoría, se equivocarán en su elección.

Salta a la vista que esta división es innecesaria y absurda. Es cierto que cada vez existe una mayor especialización. Estos beneficios propios de la cooperación social son innegables. Ahora bien, esto no justifica que haya prácticamente que obligar a la gente a

especializarse con 18 años (o incluso 16 años si tenemos en cuenta la artificial elección de ciencias y letras en el colegio). No se especializa el ser humano para la *sociedad*; lo hace para sí mismo. Por tanto, se especializará cuando sepa lo que quiere hacer, por su propio interés, aunque beneficie esto también al resto de personas con las que coopera. La especialización deja de tener sentido cuando perjudica al individuo. Son muchos los estudiantes que cambian de carrera, a veces incluso tras dos o tres años de haberla empezado. Aún peor, debido a los altos costes que acarrea el cambio y la inherente inconsciencia del sistema, son aún más los que terminan la carrera sin un objetivo claro de querer dedicarse a ese campo. La desmotivación y malestar son el denominador común entre los estudiantes. Unos continuarán el camino empezado, renunciando a un sueño no confesado. Otros, a pesar de haberse *especializado* en un sector, se dedicarán a otra actividad. Ha sido aceptado de manera generalizada que los alumnos que cambian de carrera son personas indecisas que tendrían que haber pensado mejor su elección. Sin embargo, las personas no son robots. Son seres conscientes. Su mente es flexible y continuamente cambiante, en especial en estas edades. La culpa es de la universidad, por idear un sistema ideado para seres inconscientes. Un sistema tan milimétricamente diseñado para alcanzar la máxima eficiencia se vuelve tremendamente costoso y perjudicial.

Es evidente que el actual sistema de grados es inapropiado. No obstante, el error fundamental es que se separara el conocimiento en ramas; que se separaran a filósofos y matemáticos, o ingenieros y físicos. El conocimiento humano es extenso y variado, pero tiene un origen común: la mente. Todo parte de un hombre consciente que pensó. Por tanto, cuando una persona piensa accede a todo el conocimiento. Tanto es así, que ha sido frecuente a lo largo de la historia encontrar genios en distintos campos: matemáticos y físicos, físicos y médicos, médicos y matemáticos, matemáticos y abogados, abogados y economistas, economistas y filósofos, filósofos y físicos, y tantas combinaciones más. Aunque una persona suele acabar centrándose en una materia concreta, generalmente su favorita, y más hoy en día en que el conocimiento es tan grande, no quita que no explore y se pregunte sobre otras. La división en ramas de conocimiento y carreras universitarias es en este sentido

engañosa. Hace parecer que el conocimiento es algo fijo y estructurado en realidades diferentes, cuando está lejos de ser así. No son hechos que un robot memoriza, son conceptos que un ser humano concibe. Como producto de la mente, el conocimiento es flexible y está profundamente relacionado entre sí. En cierta manera, al final lo único importante es lo bien que se piense. ¿No es acaso común que una persona inteligente sea hábil en casi todas las materias? De algo de esto se percataron los organizadores cuando crearon los dobles grados.

No se piense el lector que los organizadores se contentaron con dividir el conocimiento en pedazos para especializar a los robots. Como fieles creyentes de la planificación, dictaminaron qué, cuándo, cuánto, y cómo tenía que estudiar el alumno. Sin embargo, se toparon con una dificultad insoslayable: no podían calcular. Establezcamos en este punto una analogía entre los precios, y el tiempo o esfuerzo requerido para aprender una materia. Recordemos que, en un comienzo, los economistas no fueron capaces de explicar cómo se determinaban los precios de los bienes y servicios. Se perdían en la búsqueda de una escala de valor objetiva que no existía. No fue hasta el desarrollo de la moderna teoría subjetiva del valor, cuando los precios se reconocieron como una consecuencia de las valoraciones subjetivas de las personas. Así, no es posible determinar los precios de los bienes en base a sus propiedades físicas. Para conocer los precios es necesario que las personas interactúen en un entorno de libre mercado. Puede entonces tener el empresario una referencia en la que basar sus acciones. Este hecho es lo que daría lugar al famoso teorema sobre la imposibilidad del socialismo.

Similarmente, no existe una escala objetiva sobre lo que necesita una persona para aprender una materia. Definir el tiempo y trabajo que conlleva entender algo carece de sentido. Cada persona necesitará un esfuerzo totalmente subjetivo e imposible de cuantificar. En consecuencia, no se puede planificar. No obstante, trataron de salvar este problema con la creación de los créditos (ECTS). Esto no es más que un intento de establecer una escala objetiva del valor. Organizaron el grado en asignaturas y les asignaron una duración y carga de trabajo determinadas. Definieron lo que el alumno debía hacer cada semana, día, e incluso horas. Pero, una

persona no aprende completando créditos ECTS, sino pensando, y pensar requiere flexibilidad y libertad. Al fijar lo que el estudiante debía hacer durante cuánto tiempo, destruyeron el pensamiento. Es sencillamente incompatible. Esto es además crucial en estas edades, durante las cuales una persona termina de desarrollarse, y debe conocerse a sí misma y cobrar conciencia de su acción. Hoy en día es común escuchar a las universidades decir que buscan métodos de aprendizaje que potencien la creatividad. Diseñan entonces nuevos planes que sus alumnos han de seguir. No se percatan de que cualquier persona que piense es creativa y que lo único que tienen que hacer es dejar a los estudiantes pensar.

Hasta ahora, hemos considerado que el objetivo de la planificación sería hacer un sistema más eficiente. Piensan los organizadores que este sistema es realmente el idóneo para educar. No obstante, la universidad desempeña también otra función: regular. La regulación del conocimiento o la creación de los títulos universitarios surge por el problema de la información. Si la función de la universidad fuera meramente educadora, no habría necesidad de entregar un diploma. Los estudiantes simplemente acudirían a la universidad con el objetivo de aprender. Y esto es realmente como debe ser. Lo que hace a la persona más rica tras su paso por la universidad es el conocimiento que ha adquirido. Ahora bien, los estudiantes salidos de la universidad tienen la necesidad de mostrar al resto de la sociedad sus conocimientos y habilidades, de tal manera que la cooperación pueda llevarse a cabo. Sin los diplomas, el intercambio de trabajo sería mucho más complicado, ya que sería necesario juzgar el valor de las personas de una manera directa. Los procesos de selección de las empresas serían entonces mucho más costosos. Podemos decir que los títulos universitarios permiten el intercambio indirecto.

Supongamos que la universidad funciona correctamente, tal que las personas que han pasado por ella tienen un conocimiento mayor. Imaginemos un empresario que busca contratar a un nuevo trabajador. Conocedor de este hecho, el empresario confía en la universidad y da preferencia a aquellos candidatos con estudios universitarios. Nótese que les da preferencia porque espera de ellos un conocimiento mayor. Lo que le interesa al empresario es que el trabajador realice la tarea correctamente. Si hubiese un

candidato que, aun no habiendo ido a la universidad, poseyera un conocimiento mayor, este sería una mejor opción. Es el conocimiento lo que genera riqueza.

Es lógico que una persona graduada, y por tanto con un mayor conocimiento, le pida a la universidad algún tipo de documento oficial para mostrar esta información de una manera sencilla. La universidad tiene también buenas razones para crear el diploma, como pueden ser la publicidad y satisfacción del cliente. Así, la universidad comienza a ejercer esa doble función educar-regular. Sin embargo, en algún momento la universidad se corrompió. Ciertamente, se tuvo que ganar su buen nombre formando excelentes profesionales. Sólo de esta manera las empresas pudieron confiar. Pero, una vez la confianza ganada, la universidad puede tener la tentación de graduar estudiantes que no han adquirido el conocimiento. De esta manera, puede enriquecerse. Dado que las empresas confían en el buen nombre de la universidad, aceptarán a estos estudiantes de buena gana, pensando que su conocimiento les va a hacer más ricos.

Conviene detenerse en este punto para presentar una analogía con los bancos y el dinero. Supongamos que las personas comercian con oro como moneda. El oro representa la riqueza real e inmutable. Surgen los bancos para guardar el oro, y realizar transacciones o préstamos. Las personas dejan su oro en el banco, donde es custodiado por el banquero con un coeficiente de caja del 100%. A los clientes del banco les gustaría poder mostrar que poseen oro de una manera más cómoda, que no implique ir al banco a por el oro físico, cada vez que quieren realizar una compra o transacción. El banquero crea entonces unos cheques, respaldados por oro. La confianza en el banco hace que se acepten los cheques como equivalentes al oro. Ahora bien, podría tener el banquero la tentación de imprimir unos cheques de más, no respaldados por oro, y prestarlos con el objetivo de lucrarse. La riqueza de estos cheques es nula, pero la gente los acepta pensando que es oro. Así, establecemos la analogía entre el banco y la universidad, el oro y el conocimiento, y el cheque y el título universitario.

Cabe preguntarse cuales son las consecuencias de esta corrupción. Volviendo al caso de la universidad, ahora hay más personas con el título universitario, pero el conocimiento es el mismo.

Muchos no tienen lo que el título representa, y el título comienza a perder valor. Tiene lugar una inflación de títulos. Los diplomas representan ahora menos conocimiento que antes. Los empresarios comienzan a desconfiar de los títulos universitarios que ofrece la universidad corrupta. En principio, podrían buscar aceptar estudiantes de otras universidades, los cuales siguen estando respaldados por conocimiento. Pondrían entonces fin al problema y la universidad corrupta se arruinaría. Es posible que otras universidades también hayan impreso títulos de más. En este caso, buscará la universidad que menos lo haya hecho, ya que sus estudiantes son los que más conocimiento poseerán. En última instancia, si todas las universidades entregan diplomas de forma corrupta, los empresarios no podrán más que huir a valores reales y tendrán que realizar su propia prueba para medir el conocimiento y habilidades de los candidatos.

Podríamos preguntarnos por la legalidad de este acto, pero está fuera de lugar. El escenario cambió cuando el estado entró en acción e intervino la universidad y los títulos. Lejos de poner fin a la artificial inflación, le dio carta blanca. La multiplicó. ¿La razón? Pensaron que, si los títulos *inventados* se limitaban a una cierta cantidad, de tal manera que la inflación fuera progresiva y la confianza nunca se perdiera, podrían impulsar la educación. Aprender, y por tanto graduarse, requiere de un nivel de pensamiento. Creyeron que lo podrían disminuir imprimiendo un mayor número de diplomas. El número de graduados sería mayor y aparecería como un beneficio. Tal vez fuera este el motivo. Tal vez simplemente fuera enriquecerse. O, tal vez, fuera algo más oscuro.

Para que la inflación fuera efectivamente progresiva, la universidad se sirvió de una herramienta. El conocimiento no se puede modificar. Sin embargo, sí es posible retocar los requerimientos necesarios para que un alumno reciba el título. La universidad disminuyó el nivel. Sacrificó el pensamiento con el objetivo de aumentar el número de graduados. La planificación es su aliada. Se sirvieron de esta para disminuir la inherente necesidad de pensar, con su tiempo y esfuerzo asociados, que requiere aprender. Se habló de un aprendizaje forzoso. Dijeron que era un método más justo y eficiente. Los alumnos lo recibieron como maná recién caído del cielo. Con este milagroso mecanismo, generando una

inflación constante, podían mantener el nivel de pensamiento bajo, haciéndonos a todos ser más inteligentes e impulsar la educación. A esta herramienta la llamaron Evaluación Continua.

Con la Evaluación Continua, si bien menos del que debieran tener, los títulos siguen teniendo algún valor. Puedes esperar cierto conocimiento de las personas que lo poseen; algunas tendrán mucho, otras poco. El sistema entonces se mantiene, aunque no gratuitamente. Es ineficaz, pues el conocimiento adquirido es menor y es el conocimiento lo que creaba la riqueza. No es posible hacer a la población más inteligente imprimiendo más títulos universitarios. Además, la inflación distorsiona el proceso de aprendizaje, causando variaciones anormales en el tiempo y esfuerzo necesarios (por cada persona) para aprender. Esto envía señales erróneas a los estudiantes, provocando decisiones equivocadas y una mala asignación de los recursos. Los estudiantes completan, o dejan de completar, carreras universitarias que no deberían y los empresarios contratan a trabajadores inadecuados. El sistema es también injusto, pues la inflación afecta a los estudiantes de distinta manera. Los que tienen conocimiento real, se ven perjudicados cuando su título pierde valor. Su conocimiento se reparte entre los estudiantes que reciben el título inmerecidamente. El sistema se mantiene a costa de los más capaces, de los que no se corrompen, de los que no se dejan contaminar, de los que no renuncian a la verdad y a su propio criterio. Porque si algo es el sistema, es engañoso y venenoso. Citando a Ayn Rand (Rand, 1957): “Todos los códigos éticos que intenten hacerte tragar son sólo papel moneda puesto en circulación por estafadores para despojar a las personas de sus virtudes”.

Hoy en día, cualquiera puede ser ingeniero, físico, o economista, siempre que siga obedientemente la Evaluación Continua. Hay cada vez más graduados, y cada vez están peor formados. El valor de los títulos se desploma. A los jóvenes les cuesta cada vez más mostrar su conocimiento, y a las empresas contratar a los trabajadores adecuados. Se vuelve imposible saber quién esconde valor tras ese falso papel. La universidad reaccionó con la creación del Máster. Trataron de introducir un nuevo título con valor, pero la filosofía es la misma. El Máster se desplomará, al igual que lo hicieron los grados. El número de personas con doctorado aumentará entonces considerablemente. Es difícil vivir sin dinero.

La Evaluación Continua causó verdaderos estragos en la educación. Aún con la separación del conocimiento en los artificiales grados y la rígida planificación temporal y de contenido, con la evaluación a un solo examen los estudiantes tenían tiempo de pensar. Quedaba algo de libertad para el desarrollo individual. Así funcionaba la universidad hace 30 años. Es cierto que no era perfecto. La planificación era aún importante y la burocracia campaba a sus anchas. En teoría, la Evaluación Continua se introdujo con el objetivo de mejorar este sistema. Había que liberalizarlo más; se hizo lo contrario. Dice el economista y profesor Jesús Huerta de Soto (Huerta de Soto, 2014) que, con frecuencia, para solucionar un problema los gobiernos redactan una ley que acaba resultando en nuevos y más graves desajustes. Entonces, en lugar de rectificar y eliminar esta ley, lo que hacen es redactar otras nuevas para tratar de solucionar el nuevo problema creado. Se repite así el proceso, resultando en una compleja regulación que aporta más problemas que soluciones. Esta es justamente la historia de la Evaluación Continua. Para terminar con la burocracia, establecieron normas que controlaran a los profesores. Para mejorar el rendimiento de los alumnos, aumentaron la planificación. Introdujeron los créditos ECTS. Sustituyeron un solo examen final por numerosas Pruebas de Evaluación Continua (PEC). Los criterios de evaluación se volvieron complejos. Se valoró la participación, asistencia a clase, trabajos, y demás factores de menor importancia. Con tanta regulación, se destruyó la mente. Los libros desaparecieron de las aulas. Las diapositivas ocuparon su lugar. Se comenzó a enseñar una *culturi-lla*. Ahora, el objetivo es que a los alumnos les *suenen* los conceptos. Se sustituyó el estudio individual por trabajos en grupo. El número de aprobados aumentó y dijeron que era un éxito.

Algo oscuro y venenoso creció en la universidad. Una farsa se gestó en sus aulas. El origen de la riqueza se olvidó. Engañados, los estudiantes creyeron que residía en los títulos y obtenerlos se convirtió en su objetivo. ¡Oh, pero los títulos ya no necesariamente implicaban conocimiento! Lo que ahora medían era la habilidad de aprobar los exámenes, de desenvolverse en la regulación, de encajar en la planificación. Los estudiantes se percataron de la trampa, pero cometieron el acto suicida de aceptarla. Se autodestruyeron. Su autoestima adquirió un carácter periódico. Se sintieron demasiado pequeños en

el mundo que una vez pensaron que era suyo. Su pasión mutó a obligación. Se arrastraron por los títulos y se convirtieron en sus esclavos. Su integridad se ahogó como un joven roble entre malas hierbas, y la degeneración se propagó como fuego en un campo seco.

¿Por qué aceptaron los estudiantes? Algunos creyeron que falseando su nivel de conocimiento podrían aumentar su riqueza. Es posible que en el corto plazo pueda el estudiante beneficiarse del espejismo, pero tarde o temprano deberá pararse a pensar, y cuánto antes lo haga mejor. No hay atajos posibles en el aprendizaje. Otros, antepusieron el criterio de la sociedad al suyo propio. Recibieron altas calificaciones y halagos por parte de la universidad y sus compañeros. La sociedad les premió y, aun sabiendo que su acción no había sido meritoria, que el valor que recibían era falso, lo aceptaron. Se sintieron inteligentes y competentes porque la gente, que en general desprecian, así se lo decía. Se autoconvencieron del valor de los títulos y de su grandeza. Se sintieron exitosos en la mentira. Unos persiguen poderosos puestos de trabajo con desorbitados salarios. Otros, premios y condecoraciones. Ambos, sueñan con ser aclamados por las masas. Se dejaron comprar, y nunca supieron que es exactamente lo que habían vendido.

Es cierto que la universidad realiza un proceso de selección. No todo el mundo triunfa en la planificación. Piénsese en un típico ciclo universitario. En el primer año, se introduce una cantidad desproporcionada de materia, la cual es imposible de asimilar en el tiempo planeado y con el material de estudio proporcionado. Al principio, los jóvenes estudiantes tratan de entenderla. Lógicamente, no lo consiguen y muchos suspenden. Sólo cuando reconocen que han de centrarse en aprobar el examen tienen éxito. Con esta lección aprendida, su rendimiento aumenta considerablemente. En los siguientes años aprueban con mayor facilidad e incluso obtienen altas calificaciones. Se dijo que es porque han aprendido a estudiar; porque han aprendido a pensar adecuadamente. Se dijo, en un tono de superioridad moral, que lo más importante de la universidad es que te amolda la mente; que te enseña a buscarte la vida. A sobrevivir. Te prepara para el mundo real, ya no se está en el colegio. Así es como justificaron su mediocridad. La astucia y la picaresca se convirtieron en las cualidades más apreciadas. Los estudiantes olvidaron toda cuestión relacionada con el

significado de la vida y la búsqueda de la virtud (Rand, 1957). Como cucarachas, se contentaron con la supervivencia.

Es posible que exista una correlación entre la capacidad de un estudiante y su habilidad para aprobar el examen. No obstante, no es conocimiento lo que miden las Pruebas de Evaluación Continua. Son lo que son, unas pruebas, y miden si sabes superarlas. Ciertamente el conocimiento es una variable, pero no la más importante. Saber aprobar es un arte en sí mismo. Uno debe saber cómo moverse. Al igual que las cebras al cruzar el río lleno de cocodrilos, lo mejor es seguir a la multitud. No el primero, tampoco el último. Asegúrate de cumplir la planificación. Asiste a las clases, presta atención a por dónde va el profesor en el temario y qué está explicando. Tal vez dé alguna pista sobre el examen. Si consigues que el profesor te conozca, mejor. Especialmente si eres capaz de mostrarle que te estás esforzando. Pide tutorías, aunque no tengas dudas reales. Simplemente ve y pregunta cosas. Muestra interés en querer entender la asignatura. El profesor se sentirá mejor al aprobarte la mentira que es el examen. Entérate de los criterios de evaluación. Preséntate y realiza todo aquello que suma puntos. Uno nunca sabe qué examen o trabajo va a ser fácil. No puedes permitirte desaprovechar oportunidades. De otro modo, tal vez sea ya demasiado tarde. Hazte con exámenes de años anteriores y con ejercicios de clase. Hazlos dos, tres, cuatro veces; las veces que sean necesarias para memorizarlos. Importante, a no ser que estés totalmente seguro, evita mojararte en las preguntas del examen. Una respuesta vaga e imprecisa puede darte más puntos que expresar un pensamiento sincero. Tienes que jugar con lo que el profesor piensa que sabes. Y por último y más importante: estate alerta a lo que están haciendo tus compañeros. Un 4 es una buena nota si el resto tiene un 3. Pregunta cómo están estudiando, qué material están siguiendo. Con suerte, pueden pasarte unos apuntes o ayudarte con algún trabajo. Si sigues estas instrucciones es probable que no aprendas nada, pero no dudes de que sacarás buenas notas. La universidad te parecerá un juego.

Para muchos la Evaluación Continua se presentó como su salvación espiritual. Si no fuera por esta planificación, dicen, no empezarían a estudiar hasta escasos días antes del examen, suspendiendo casi seguro. Prefieren PEC todas las semanas, de tal manera que se

vean obligados a estudiar y a no salir de fiesta. Prefieren que se imponga acudir ir a clase, para evitar quedarse en casa viendo series o tomando cervezas en los bares. Catalogaron de excepcionalidad no corromperse y lo colocaron fuera del alcance del hombre. Clamaron que la degeneración y la procrastinación eran inherentes a la naturaleza del ser humano y que necesitaban ser controlados. Aunque obligados, porque no puede ser de otra manera, gracias a la Evaluación Continua sacan lo mejor de sí mismos. Odian un sistema libre, el cual les hace caer en el vicio y la holgazanería. Sólo la universidad, dueña de sus virtudes, puede otorgarles temporalmente la libertad para satisfacer su perversión, jamás enfrentada. La fiesta se transformó en un símbolo de libertad y estudiar en uno de obligación. ¿Y si fuera al revés? Odiaron y ocultaron esa posibilidad. Arrastraron a todos los que pudieron con ellos y marginaron a los que no se unieron. Les encanta ver a la gente corromperse. Piensan, «Al final todos somos cucarachas».

¿Y los profesores? Ellos jamás habrían podido permitir algo así. Pero ¿acaso no lo han hecho? ¿Acaso no aprobaron y suspendieron sabiendo que era una farsa lo que estaban cometiendo? ¿Acaso no se dedicaron a leer y dar diapositivas sabiendo que ellos no aprendieron así? ¿No se han dedicado a escribir artículos para impresionar? ¿No se han conformado con sobrevivir bajo la protección de la universidad? Son muchos los que defendieron la Evaluación Continua. Fácil engañar a los alumnos; más aún a ellos mismos. Unos se sirvieron de la planificación para reducir su compromiso con la docencia y así centrarse en sus increíbles investigaciones. Huyeron. Otros, vieron una herramienta de control en ella. A este profesor le gusta ser escuchado, mostrar, y alardear de su conocimiento. Todo lo aprendió fácil. Dice que le gusta dar clase, pero lo que le causa verdadera satisfacción es sentirse superior a sus alumnos. Jamás lo reconocerá, pero su mayor temor es encontrarse con un genio. En un sistema libre en que los estudiantes no acudieran a sus clases, este profesor siente desprecio e indignación. Con la Evaluación Continua, puede poner las cosas en su sitio y hacer justicia. Por último, hay también buenos profesores que la planificación tiene muy atados. Ciertamente intentan dar lo mejor de sí mismos. No obstante, incluso estos pueden confundirse. Es posible que al verse rodeados por perseguidores de aprobados (Rand, 1957) sientan decepción y

frustración. Se verían entonces tal vez apoyando la planificación y el control de la Evaluación Continua. Pero, lo que odia este profesor no es el sistema libre; es a las masas.

Estudiantes o profesores, aunque nadie lo diga en alto, todos conocen este secreto. Sí, es común escuchar críticas al sistema, pero ¿quién no pone luego en el currículum que se ha graduado en esa prestigiosa universidad con tales notas? ¿No sienten satisfacción y superioridad? Tal vez les gustaría no hacerlo, pero todos participan y retroalimentan la farsa. Aceptan el papel moneda como su mente la evasión. Nos arrastramos y nos justificamos entre nosotros mismos. ¿Por qué? Demasiado costoso ir contra lo socialmente establecido; cierto. Difícil detener la expansión una vez empezada; cierto. Pero, sobre todo, incómodo ver la vida de frente. Tiempo hace que la conciencia debió de dejar ser ignorada y la libertad de ser cabeza de turco. Al igual que no hay sociedad sin individuo, no se puede evitar la muerte del universo sin alcanzar antes la destrucción exergética cero individual. ¿Dónde están los héroes?

Finalmente, cabría preguntar hasta qué punto es necesaria la universidad. Parece hoy que para aprender algo uno necesita acudir a ella. Muchos se han creído que con una buena planificación no hace falta pensar. Esperan que la universidad les enseñe. Se han autoconvencido de que, yendo a clase, escuchando al profesor, haciendo las tareas, y aprobando los exámenes, van a aprender. Incluso la propia universidad se lo ha creído. Sin embargo, lo único necesario para aprender es pensar individualmente y nadie, ni la universidad con su planificación, puede evitarle al estudiante este esfuerzo. Cualquier intento de esquivar el insoslayable requerimiento de pensar, resultará inevitablemente en que nadie lo hará.

Hace años, cuando el acceso al conocimiento era un lujo que sólo unos pocos se podían permitir, tal vez fuera esencial acudir a la universidad a escuchar a los escasos maestros y tomar apuntes. Pero, hoy en día, cualquiera puede acceder a la mejor información. Es evidente que uno aprenderá más leyendo el libro original detenidamente que escuchando al profesor leer las diapositivas en clase. Una persona puede hoy perfectamente aprender sin pisar la universidad. Nótese sin embargo que ni siquiera los libros pueden sustituir al pensamiento. Quien trate de aprender solo leyendo, correrá la misma suerte que el que simplemente sigue la planificación.

Ahora bien, el estudio totalmente independiente puede ser complicado para una persona de 18 años. La universidad, especialmente el profesor, puede ser de gran ayuda. Puede ser un guía. El profesor es consciente de su pensamiento y acción, y, aunque nunca se hizo, esto es lo primero que debiera enseñar al alumno. Sabe los pasos que hay que dar: qué libros leer, qué cuestiones resolver, qué punto de vista adoptar. Lo más valioso que puede hacer es indicarle al alumno cómo aprendió él, con todo lo que esto implica. Debe pensar qué le habría gustado saber a él de joven. Y, por último, el profesor puede contagiar a sus alumnos con su pasión y entusiasmo, mostrando la belleza y el interés de su materia. Evidentemente, la universidad es también importante en otros puntos como el ambiente universitario en el que relacionarse o la facilitación de material y equipo. La universidad no puede pensar por el alumno, pero sí que puede proporcionar el entorno adecuado para el aprendizaje.

Por supuesto, no podemos olvidar la función reguladora. Es posible que siempre vaya a ser necesario algo, sea la universidad u otra institución, que regule el conocimiento. De otra manera, la cooperación será muy complicada. No obstante, una regulación bien llevada a cabo no debería interferir en el conocimiento. Esta no debería ser la principal herramienta de la universidad para que todos dependamos de ella. La universidad no debería ser una especie de molestia o trámite para poder trabajar. Y si este fuera el caso, seamos honestos, no pretendamos cosas que no son. Por cierto, la función reguladora sólo tiene sentido si hay algo que regular.

Nota del Autor

Las analogías presentadas en el texto deben tomarse con precaución. Unas conclusiones válidas en una parte no tienen por qué aplicar en otra. En cuanto a los asuntos de materia económica tales como la expansión crediticia, no estoy defendiendo necesariamente una determinada postura. Mi conocimiento en economía no es aún suficiente para tener una propia opinión formada al respecto.

Por otro lado, he presentado una actitud muy crítica hacia la universidad. La universidad tiene también puntos positivos y algunos

excelentes profesores. No sería justo enjuiciarla en su totalidad simplemente con lo expresado en el texto. De ninguna manera he pretendido aquí realizar un análisis exhaustivo del sistema universitario. El reto de mejorar el sistema universitario es de una enorme complejidad y otros numerosos factores, especialmente de tipo práctico, deben ser considerados. Así, creo que es importante también tener moderación y actuar con precaución. Debemos valorar lo que tenemos actualmente, que es mucho, y apreciar correctamente el significado y razón de ser de las cosas. Dicho esto, es indudable que los pasos futuros de la universidad deben ir encaminados hacia una mayor libertad.

Mi ignorancia es aún demasiado grande para plantear soluciones concretas. No obstante, este texto será para mí lo más valioso cuando ese día llegue. Este texto es una memoria. Una memoria que conservará en el tiempo la angustia que causó el actual sistema universitario a la mente joven y despierta, para que la mente sabia pero cansada no se olvide, y sepa cómo actuar cuando las oportunidades se presenten.

Conflictos de intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Referencias

- Huerta de Soto, J. [José Manuel González]. (2014). *Lecciones de Economía con Jesús Huerta de Soto*. Disponible online: <https://www.youtube.com/c/Jos%C3%A9ManuelGonz%C3%A1lezAncap/playlists> (consultado el 1 de abril de 2022).
- Mises, L. von (2020 [1949]). *La Acción Humana. Tratado de Economía*. Madrid: Unión Editorial.
- Rand, A. (2019 [1957]). *La Rebelión de Atlas*. Editorial Deusto.
- (2021 [1943]). *El Manantial*. Editorial Deusto.